

57480

F-2688  
F-5189  
A.500

F  
2182  
SG

# DISCURSO

LEÍDO EN EL

## INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO

DE SEGOVIA

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1910 Á 1911

POR

D. BLAS J. ZAMBRANO Y G. DE CARABANTES

PROFESOR

NUMERARIO DEL MISMO EN LOS ESTUDIOS ELEMENTALES DEL MAGISTERIO



SEGOVIA:

Imprenta del DIARIO DE AVISOS  
*Plazuela de Guevara, 2*

1910

Sig.: F 2182 SG  
Tít.: Discurso leído en el Instituto  
Aut.: Zambrano, Blas J.  
Cód.: 51072276



57480

SG

DISCURSO

LEÍDO EN EL

INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO DE SEGOVIA

en la solemne inauguración

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1910 Á 1911





R- 95122

# DISCURSO

LEÍDO EN EL

## INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO

### DE SEGOVIA

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

### DEL CURSO ACADÉMICO DE 1910 Á 1911

POR

D. BLAS J. ZAMBRANO Y G. DE CARABANTES

PROFESOR

NUMERARIO DEL MISMO EN LOS ESTUDIOS ELEMENTALES DEL MAGISTERIO



SEGOVIA:

Imprenta del DIARIO DE AVISOS

*Plazuela de Guevara, 2*

—  
1910



A mi inolvidable, queridísimo amigo  
y compañero El autor



*Excmos. señores:*

SEÑORAS, SEÑORES:

La designación, equivocada, por lo excesivamente benévola, con que el Claustro de este Centro me honró al encargarme la composición del discurso de apertura del año escolar que hoy comienza, y que yo acepté, porque creo que no deben esquivarse, aunque se acepten por los humildes, como yo, con toda humildad, los puestos de honroso empeño, hízome concebir el propósito de escoger para tema de mi trabajo un asunto magno, para que tras él desaparezca mi modestísima persona, así como desaparece entre los pliegues de la gloriosa enseña de la Patria el oficial que la conduce por los ásperos campos de batalla.

Campo de lucha también es este espacio, y modestos luchadores los que aquí de continuo trabajamos por vencer al error y no digo á la ignorancia, porque no existe, en realidad, la ignorancia científica absoluta en los individuos pertenecientes á una comunidad civilizada, y menos todavía en los que llaman á estos recintos; existe el error,

que produce, con su lógica, tan inflexible como la de la verdad, funestos resultados, tanto más extensos, cuanto más complejo sea el medio moral ambiente, cuanto más elevada sea la civilización.

\*  
\* \*

Yo podría tratar de algo de esto; podría señalar las principales deficiencias que en orden á la pública cultura padecemos en España. Mas luego de haberlo meditado, decidí elevar, digámoslo así, el punto de mira, subir algo más en el propio árbol de las ideas que dicen relación al saber. Y decidí esto, aparte la razón ya dicha, porque aquel tema se halla y continuará hallándose de día en día más tratado que éste que he escogido; también, porque la crítica pedagógica se presta á establecer varios enlaces con cuestiones de índole social, política y religiosa, materia en lo presente de las más enconadas disputas, y, finalmente, porque pudiera en algunos momentos creerse que ponía en práctica aquello, tan justamente condenado, de ser al propio tiempo juez y parte, con la agravación en mi caso, de serlo aquí, en este sitio, en que lo objetivo en cuanto á la materia, lo sereno y levantado por su tono, lo universal por su fin, debe asentarse cubierto con la toga severa, que simbólicamente representa lo más augusto del hombre, la razón, y lo más respetable de la razón, la verdad impersonal.

Y el tema sin embargo, es pedagógico ¿Cómo no ha de serlo, si toda verdad científica lo es, en el triple aspecto de materia docente, de medio de desarrollo intelectual y de origen de aplicaciones prácticas?

Determinar, en virtud de algunas premisas históricas, la posible realidad futura, que debe ser el ideal presente, ya que todo ideal bien orientado no es sino la semilla, como se ha dicho, del fruto del porvenir, es el objeto de este trabajo.

\*  
\*  
\*

Se tiene como cosa juzgada que nuestra espléndida civilización actual es la continuación de la cultura clásica. Con la rama más robusta del árbol de aquella civilización, un tiempo frondoso, y ya derribado por el hacha germana, verificaron hombres pacientísimos un acodo gigantesco, cuya gestación, en la obscuridad, como todas las gestaciones, fué la Edad Media. Los fugitivos de Bizancio avivaron el brote de los gérmenes.

Aquella rama, por la que un día corriera savia riquísima, habría muerto, sin que se hubiere, al cabo, sabido de su existencia, sin esa providencial gestación á que hemos aludido, ya que no podía nutrirse de la tierra madre: los pueblos greco-latinos, agostados, rotos los lazos de común unión, barridos por el huracán de las invasiones, que arrancó, por fin de cuajo el tronco secular. En la

nueva tierra, en las jóvenes razas bárbaras, los brotes del acodo gigantesco tomarán cualidades nuevas. El árbol joven será hijo del antiguo; pero, al fin, será otro árbol.

\*  
\*  
\*

¿Cómo podríamos sintetizar la civilización antigua y cómo establecer luego su diferencia característica respecto á la moderna?

Procediendo analíticamente, se ha llegado á determinar el carácter de aquella cultura, diciendo de ella que era preponderantemente, casi exclusivamente, especulativo-estética, absorbiendo todavía el ~~demento~~ artístico al metafísico, no obstante los anhelos por desposarse con la verdad de algunos filósofos. La verdad y el bien eran como especies de un género supremo: la belleza.

Y esto puede ser demostrado por la altura insuperable que las bellas artes alcanzaron en Grecia, y en Roma, como su fiel discípula, y por la escasez, la carencia, pudiera decirse, de descubrimientos científicos de que aquellos siglos, no cortos en número, dan ejemplo.

¿Qué estatuas han vuelto á modelarse como las Venus de Milo y de Médecis, como el Apolo de Belvedere, ó la Niobe por Scopas? Qué edificios de tan serena y sencilla perfección se han alzado triunfadores del tiempo, como el templo de la Virgen Pallas y el de Teseo en Atenas, ó el Panhelenio de

del Lo

Egina? ¿Qué discursos podrán compararse con las «Filípicas», ó las «Catilinarias? ¿qué epopeyas, con la Iliada y la Odisea? ¿qué tragedias, con las de Squilo y Sófocles?... ¿y qué lenguaje, matizado de bellas frases sutiles y hondas palabras reveladoras, como el lenguaje que poetas, y filósofos y estadistas prodigaban en aquellos banquetes, en que hasta el aire se embellecía poblándose de pétalos de rosa, cuyos senos besaban las notas por las gentiles aléutridas arrancadas á sus finas cañas, mientras el aroma del Chipre y el Falerno, robosantes de copas maravillosas, se mezclaba con el humo blanco de los pebeteros, inmóviles incensarios de la Belleza riente, Diosa *panestésica* que se adoraba donde quiera, porque dondequiera se presentía: en aquellos cielos azules, y en aquellos blancos palacios, y en aquellas líneas soberanas de la belleza viva, apenas vestida por los graciosos pliegues de amplias telas finísimas, y en aquellas actitudes armoniosas, que en la batalla y en la tribuna, en la palestra y en el trielinio, en el Foro y en las termas sabían adoptar los cinceladores de la palabra, los artistas del pensamiento y de la vida?

Y no es que aquél desarrollo artístico se debiera solamente al sentimiento y á la intuición espontánea: la observación de los modelos se practicaba con tal escrupulosidad que ha hecho sospechar la posesión de secretos anatómicos en los talleres de donde salían «el gladiador luchando», los discóbulos, las Venus y los Hermes.

Y en cuanto á lo especulativo, alcanzaron los griegos una altura tan maravillosa, que todavía se recurre continuamente á las doctrinas de aquellos filósofos, desde los viejos representantes de la escuela jónica por los actuales monistas, hasta Platón, por todos los que se afanan en vislumbrar la transcendencia de la vida y la eternidad de las ideas, sin olvidar, en cuanto á las esplicaciones dualistas y armónicas, al coloso del pensamiento, que, después de haber alimentado intelectualmente á toda una Edad de la Historia, aun parece no haberse agotado, pues no ha mucho se reclamaba un nuevo y detenido estudio de sus ideas, alegándose que no había sido jamás desinteresadamente estudiado ni perfectamente comprendido.

Dentro del puro pensamiento especulativo, llegaron bien pronto los griegos á formarse una concepción de la naturaleza muy aproximada al punto de vista científico, en oposición al infantil antropomorfismo dominante en los albores de toda civilización. En la doctrina de Epicuro se ha reconocido el gérmen de la ley de la conservación de la energía, en que se funda el atrevido edificio de la moderna física. La vieja escuela jónica era inductiva, y Aristóteles aplica con éxito el método analítico, que preconizara Sócrates.

Hechos aislados, unos como producto de estos métodos, otros sin relación con ellos, muestran cómo el hombre parecía preparado á recorrer de una vez todas las etapas de su cultura fundamen-

tal: algunas líneas del libro II del tratado «Del Cielo y del Mundo» de Aristóteles sirven á Colón (según su hijo D. Fernando) para fundamentar su viaje á las Indias por Occidente; Pitágoras conoce, no sólo la redondez, sino el doble movimiento de la tierra; Xenófanés demuestra que ha estado cubierta de agua, por las conchas que ha hallado en Sicilia; Demócrito cree que la Vía Láctea está formada por estrellas y que las manchas de la Luna son producidas por sus montañas; y disecciona animales, como también el pitagórico Alcmeón de Crotona, para llegar al conocimiento de la anatomía humana, y descubre los conductos biliares y la función de la bilis. La clasificación zoológica de Aristóteles es, hasta ahora poco, base de toda clasificación en esta ciencia, y sus trabajos de anatomía comparada, como el sistema anatomo-fisiológico del gran Galeno, son clásicos hasta el siglo xvi, y no hay que decir el análisis robusto que brilla imperecedero en los estudios de legislación comparada de la «Política» En suma, en la obra «Sobre las opiniones de los filósofos» de Plutarco se encuentra, según Biot, los gérmenes de todos los descubrimientos científicos, y aún esos mismos descubrimientos. «Pero aquellas opiniones, añade, ó mejor diría aquellas fantásticas concepciones filosóficas no conducen á ningún descubrimiento. Lo cierto se encuentra tan incierto y problemático como lo falso. Son billetes de lotería, cuyo valor es conocido después del sorteo.»

ITax

«Si se considera, dice un sabio profesor moderno (Dubois Raimónd) las nociones que Tales y Pitágoras poseían en matemáticas, en astronomía, en acústica, parece que en la cuenca del Mediterráneo llegó desde luego el hombre á la idea de causalidad, y que un progreso, en mal hora interrumpido, debiera haberle llevado á los últimos grados de la ciencia. Pero todo el mundo sabe que no fué así.»

¿Cómo se explica, señores, que aquellos hombres, que son todavía los maestros de la humanidad en metafísica, en historia, en derecho, en elocuencia, en el arte de la guerra, en la administración pública y en la organización de la justicia, y que en la misma ciencia pura, en la Matemática y la Física, comenzaron bajo tan brillantes auspicios, no llegaran, sin embargo, á dominar la naturaleza por el conocimiento de sus leyes?

Ya Tales conocía el «alma del ambar», origen en nuestros días de tanto asombroso descubrimiento. La virtud de la «piedra de Heraclea»—piedra imán—era familiar en aquellos tiempos. Pero solo á título de recreo eran conocidas tales propiedades.

Los romanos, discípulos de Grecia, pero más prácticos, que tanto progresaron en el arte de la guerra, en las construcciones civiles con la invención del arco, en la administración pública, al dominar útilmente su vasto imperio, en el derecho civil y procesal, perpetuados en gran parte hasta nos-

otros, no pudieron, sin embargo, inventar ni el fusil de chispa. Desde Aristóteles hasta Plinio y desde Plinio hasta la caída del Imperio, esto es, en un lapso de tiempo como el que media desde Pedro el Ermitaño hasta nosotros, la ciencia de la Naturaleza apenas si hace algún progreso.

¿A qué se debió esto?

«A la carencia de espíritu de observación», se ha dicho. ¡Carencia de espíritu de observación en quienes realizaron las obras de arte de que *se* ha hecho ligera referencia?... ¿Carencia de espíritu de observación en los autores de la Política y la Lógica peripatéticas; en los fundadores del sistema de educación más perfecto que se conoce; en los redactores de «Las Costumbres de los Germanos;» en los que trazaron las etopeyas de los Doce Césares!

Cierto que no es de igual especie la observación artística, ni aún la reflexión aplicada á los hechos y caracteres humanos, que la experiencia y, menos aún, que el experimento científico; no es igual la actividad para la ciencia que la actividad para el arte, ni que la actividad para la filosofía. Cualquiera comprende, sin precisar explicación alguna, la diferencia que hay entre observar las líneas de un modelo y copiarlas en el mármol ó el lienzo, y observar los hechos semejantes para inquirir su ley; siendo la diferencia más notable todavía con relación al experimento, ó sea la disposición premeditada de condiciones para que un fenómeno se produzca.

Las diferencias se hallan en la finalidad, en el método y en los instrumentos primarios, ó criterio. La finalidad de los procedimientos experimentales es hallar la verdad objetiva, traducir en fórmulas precisas la realidad ambiente, y aún la propia realidad subjetiva, objetivándola; la finalidad del arte es producir la belleza. El método científico, alma de aquellos procedimientos, es la inducción; los métodos artísticos hacen relación á la verdad, sí, pero á la verdad del arte, que es armonía, ésto es, disposición de los elementos naturales como aparecen y en tanto en cuanto su conjunto puede producir esa síntesis sensible que se llama emoción estética; la verdadera ciencia que hay en todo arte está en concepto de auxiliar. Los instrumentos primeros á que he aludido, las potencias cognoscitivas del hombre, así externas—sentidos—como internas, ó entendimiento, no entran de igual modo en ambos géneros de actividad: aplican los sentidos á la ciencia el aspecto cognoscitivo, frío, de material analítico, de la sensibilidad, mientras aplican á las artes el lado emocional de la conciencia; analiza, induce, deduce la inteligencia para hallar la verdad; juzga sintéticamente en las artes, aunque propiamente en la emoción estética no hay juicio, según opinión, muy seguida, como os consta, de ilustres filósofos.

Respecto al fin ¿es que los antiguos eran menos amantes de la verdad que los modernos?

Es sabido que el amor á la verdad es innato en

el espíritu del hombre. ¡Ah, si no lo fuera ¿cómo se habría ido formando la ciencia? Pero bien puede ser que no estuviese en lo antiguo tan desarrollado como en los tiempos presentes; que se conformaran aquellos espíritus con un juego de imaginación, defendido por otro juego de dialéctica, en la explicación de los fenómenos y de las esencias de los seres.

Se ha dicho que las edades de la humanidad pueden compararse con las edades de la vida en el individuo, y es bien conocida la ley de Compte sobre este respecto.

¿Es, entonces, que el período griego representa la adolescencia de la humanidad? La poesía, el arte, la pasión por la libertad ciudadana, el heroísmo, parecen ser cualidades predominantes en la adolescencia del hombre, y, también, los atrevidos ensayos filosóficos para explicarse el mundo; porque no puede negarse que los jóvenes de inteligencia desarrollada se preocupan de las verdades fundamentales, tendiendo á generalizar demasiado, pretendiendo abarcar de una vez la realidad, ansiando aprisionar el saber total, ó, por lo menos, el saber posible, en una sola fórmula.

Pero no debemos echar en olvido que nada es exclusivo de una edad; que, hoy mismo, los portentosos trabajos de inducción y análisis son casi siempre seguidos de síntesis, prematuras, á no dudar, no obstante basarse alguna de ellas en suma inmensa de hechos, como, por ejemplo, la teoría

del puro mecanismo psíquico; como la del origen del hombre por la evolución de los seres inferiores; como las mismas leyes de la gravitación universal y de la conservación de la materia y la energía; como la de la lucha por la vida, sin la corrección, que es fuerza ir haciendo, de la armonía que con aquella establece la de la solidaridad universal de los seres, solidaridad tanto más estrecha cuanto más semejantes con aquellos entre sí, y de la que es expresión concreta la fecunda «división del trabajo.»

Y de otra parte ¿tan joven era la humanidad en tiempos de Alejandro—colocándonos en medio del período greco-romano—que pueda considerarse tal período como la adolescencia de la Historia? Los griegos se apropiaron toda la antigua cultura oriental; y cuenta que ya los caldeos y los egipcios predecían los eclipses y habían medido, según creen algunos historiadores, nada menos que un arco de meridiano—de lo que parece haber pruebas en algunas medidas de la gran pirámide—y seguramente conocían la eclíptica y la habían dividido en 12 partes iguales, y calculado, los primeros, el año en 365 días y poco menos de 6 horas, y encendido, los segundos, lámparas, en sus capillas funerarias, que han lucido hasta el día y construido y transportado á más de 200 kilómetros colos~~os~~ monolíticos *de* 100 T. m., como el de la tumba de Osimandias. Los griegos nacieron á la civilización, cuando ya se habían levantado las murallas, los palacios, los

jardines encantados de Babilonia y Nínive; cuando ya eran viejas las pirámides; cuando ya el indio Canada había enunciado que la gravedad es la causa particular de la caída de los cuerpos y que el sonido se propaga por ondulaciones; cuando ya había predicado Confucio el amor á los demás como á uno mismo, y estaba escrito en el Código de Manú que debe devolverse bien por mal, y se contenían en el Rig Veda palabras de tan suprema delicadeza de fondo y forma como las célebres «no castigues á la mujer ni con un ramo de flores» y en el Vayagavita, aquel elevado concepto de la moral «cumple tu deber sin preocuparte de las consecuencias» y, también, «el que labora el pan solo para sí come el pan del pecado»; cuando ya el Eclesiastés había dejado caer sobre las almas, como nieve frigidísima, que se desliza por un ambiente de triste atardecer del humano espíritu, desde nubes que formaron las lágrimas por todos los dolores, evaporadas al calor de todas las pasiones y condensadas luego por el frío glacial de la impotencia definitiva de la inteligencia para calmar su anhelo de saber y del corazón para saciar su ansia de amar ante el negro muro del vacío en sombra, en que se convierte la naturaleza cósmica cuando se le interroga, no qué aparece, sino qué es, y ante el radical egoísmo de la naturaleza humana cuando nó se le dice «te amo», sino «ama tú por amor», aquellas tremendas palabras, «nada hay nuevo bajo el cielo», y estas: «quien añade ciencia, dolor

añade», y estas aún, resumen último de lo último que el hombre puede alcanzar—y es, al cabo, alcanzar mucho, ya que es alcanzarlo todo—«vanidad de vanidades, todo vanidad»...

Y si se trata, señores, de la ausencia del método inductivo, medio insustituible para la adquisición de las verdades naturales, forzoso nos será confesar, que, aparte la tendencia de la antigua escuela jónica de basarse en los hechos observados en la realidad tal cual ella se ofrece, Aristóteles usa, no sólo el silogismo deductivo, sino la generalización empírica, y gusta del análisis, y echa, en fin, como es sabido, los cimientos de todas las ciencias. Ni puede negarse tampoco el progreso que los griegos impusieron á la Geometría, ciencia abstracta, sí, pero de primera abstracción, puede decirse, ya que el estudio de las propiedades de las figuras puede verificarse concretamente, y en la realidad se dan éstas, no individualizadas, pero sí como cualidades ó propiedades de los cuerpos. A partir, sobre todo, de Aristóteles, puede decirse que en métodos, en organización de la ciencia, en los comienzos, muy adelantados, de muchas de ellas, se había llegado á lo bastante para que, al cabo de casi cinco siglos, la obra, ya citada, de Plutarco hubiera podido ser otra cosa muy distinta de lo que fué: la comprobación de que aquellas geniales intuiciones de los filósofos, antiguos con respecto al autor, habían tenido una brillante y fecundísima verificación práctica. Pero, lo repetimos,

bien sabido es que esto no fué así. ¿Por qué, entonces, habrá que repetir también?

La cuestión de ver si los instrumentos del criterio científico eran en lo antiguo lo que son en la actualidad es una árdua cuestión de antropología.

Se ha llegado á decir á este respecto que los antiguos «no sabían ver», fundándose en que no contaron bien las estrellas visibles, en que no asignaron sino seis puntos brillantes á las Pléyades, como lo indican unos versos de Ovidio, viendo en la actualidad las personas de buena vista hasta 14 ó 16. Según Litrow, los antiguos describieron el cielo como si hubiesen sido algo miopes, ó como si hubiere alcanzado mayor precisión la facultad visual de la retina. Y cómo esto se halla en contradicción con otros hechos, como no hay nadie que haya reproducido como los antiguos las líneas del cuerpo humano, hay que buscar la causa de aquella imperfección, nó en la retina, sino más adentro, en la conformación ó funcionamiento cerebral, ó bien, en la ausencia de principios, ó reglas de método; pero no simplemente del método inductivo, como otro cualquier hallazgo del espíritu, sino del método compenetrado con el discurso, hecho alma de la inteligencia.

¿No podría obedecer esta carencia á una causa antropológica, que no recuerdo haber hallado expuesta en parte alguna, aunque quizá deba estarlo?

La hipótesis sobre esa causa, que se liga, como vereis, con el concepto de «organismo» aplicado á

la sociedad, común á casi todos los pensadores modernos, y que tendría su base en las leyes de adaptación y lucha por la vida, consiste en suponer que ha aumentado extraordinariamente la capacidad productora del hombre, merced al crecimiento de la población; y como el mejor medio de producir más es la aplicación industrial de la ciencia, á la ciencia se ha aplicado el hombre, con tanto ahinco cuanto imprime á los organismos vivos el instinto de conservación.

Porque no hay que buscar el origen de las diferencias entre la antigua y la nueva cultura, en inferioridades mentales. ¡Oh, nó! Las cabezas de los dioses y héroes en marmol dicen con expresión inconfundible que el hombre había llegado quizá al límite de su perfeccionamiento, si no absoluto—que nada parece serlo en la vida—al límite de una etapa inmensa de desarrollo.

Si el cuerpo, si lo anatómico humano es expresión de todo nuestro ser, cuando la humanidad haya realizado los ideales que hoy son utopias, no habrá sobrepasado el cuerpo humano, ni, en su correspondencia, y, en general, el alma, los modelos de belleza legados por los artistas griegos.

De otra parte, si bien dijimos que no eran del mismo género las actividades artística y filosófica que la científica ¿no es, acaso, ésta la síntesis de las primeras? Precisión en el ejercicio de los sentidos, fantasía, poder razonador, claras intuiciones mentales, todo eso que se distribuyen el artista y

el filósofo ¿no lo necesita el hombre de ciencia, el verdadero hombre de ciencia, que indaga y descubre? Y si los griegos son nuestros maestros en filosofía y en arte ¿cómo negarles la capacidad científica? ¿No protestarían en nuestra conciencia, cuando hiciéramos semejante afirmación, las sombras venerandas, que llevan nombres consagrados por la admiración universal: Tales y Demócrito, Empédocles y Leucipo, Hipócrates y Galeno, Aristóteles, Euclides, Arquímedes...? Los antiguos tuvieron potencialidad científica. No tuvieron ciencia en el grado posible, porque no sintieron su necesidad práctica. \ c

\* \* \*

No son de despreciar tampoco otras causas hipotéticas que se han aducido sobre esta magna cuestión, siquiera se las deba considerar, caso de ser aceptadas, sólo como causas concomitantes. Una de estas hipótesis, ingeniosamente expuesta por Dubois Raimond, consiste en suponer que el politeísmo, con su ligereza inconsistente, con su bella, pero poco profunda, personificación de las fuerzas naturales y, sobre todo, con la tolerancia que le es propia, era escasa disciplina para la mente, en cuanto se haya de aplicar al conocimiento científico de la naturaleza; mientras que el monoteísmo cristiano ha venido á constituir esta disciplina.

Oigámosle, porque merece oírse: «La idea de un Dios que no tolera á su lado ningún otro Dios, que no se presenta ya como una ficción humana rodeada de fábulas indignas, sino como el Ser supremo y absoluto que reclama para sí todas las aspiraciones morales del hombre, y cuya omnisciencia descubre toda transgresión para castigar indefectiblemente; esa idea de Dios, transmitida durante siglos de generación en generación, ha terminado por reobrar sobre la ciencia misma, y, acostumbrando al espíritu humano á la concepción de una razón única de las cosas, ha inflamado en él el deseo de conocer esta razón.»

«El pensamiento de Fausto: «Es preciso, es preciso, aunque hubiera de costarme la vida» fué desconocido siempre para la antigüedad. La terrible seriedad de una religión que reivindicaba la verdad para ella sola, que amenazaba á sus adversarios con penas eternas en el otro mundo y que en éste se atribuía el derecho de imponerles previamente castigos terribles, inculcó á la larga á la humanidad se carácter melancólico y profundo, más en armonía con el penoso trabajo de la investigación que la ligera alegría del paganismo».

«Habiendo enseñado tantos mártires cómo se mueren por la fe, ¿cómo no habían de encontrarse hombres dispuestos á llevar por la ciencia una vida de abnegación y aun á morir por ella, si hubiese sido necesario?»

A Sólo he de oponer á esta cita, que creo harto

severo el concepto que acerca del amor á la verdad en los antiguos profesa el autor citado; aunque sí he de expresar que tal vez ocurra en ésto lo que en el orden general biológico: que la necesidad crea la función y ésta, el órgano. Es decir, que halladas por el hombre moderno, á partir de Colón, Galileo, Copérnico, Pascal, etc., un número de grandes verdades físicas de inmenso desarrollo en la práctica, y solicitando ésta nuevas verdades que convertir en utilidad general, el órgano, el medio ó conjunto de medios de hallar las verdades naturales, se sutaliza, se perfecciona, y crece con ello el caudal de verdades, y con el caudal de verdades, alimento y disciplina del espíritu, se amplía el poder de éste en ese respecto, reobrando lo exterior sobre lo interno y esto acrecentando á aquello; haciéndose así vida intensa lo que empezó, como empieza todo, por un débil vagido.

Y este reobrar de lo exterior es múltiple, ampliado de día en día y combinado de diversos modos. La combinación del telégrafo, la locomotora de vapor, el motor eléctrico y la imprenta acciona sobre el campo intelectual, no sólo como excitación viva y perenne á proseguir la obra de progreso científico-industrial emprendida, sino también —y esto es importantísimo—acrecientando enormemente el *número* de hombres de ciencia.

Pensad, señores, que si hoy de cada 100.000 hombres cultos uno sólo inventa, uno sólo hace progresar la ciencia ¿qué proporción le toca en-

tonces á una ciudad como Atenas, que en tiempo de Pericles contaría, aparte los esclavos y metecos, unos 70.000 habitantes, sin otro intercambio de ideas que el mantenido, irregular y fragmentariamente, con algunas ciudades esparcidas entre la Hélade, las costas del Asia Menor, el Archipiélago y la Magna Grecia?

Se ha tenido esta circunstancia numérica, respecto á Grecia, por lo menos, muy poco en cuenta por los hombres modernos, escasos por fortuna, que miran á la sabia antigüedad con algún desdén.

¿Cuándo comenzaron en Europa los descubrimientos de importancia? Luego que Gutenberg hubo hallado el medio de reproducir exacta é indefinidamente la expresión de las ideas, dando al mundo moral, como dijo el poeta, «las alas de la luz»; luego de haber Colón, fortalecido por la antigua ciencia, roto con las quillas de las hispanas naves el velo de densa bruma que la ignorancia medioeval había amontonado, como intangible muralla, tras el viejo «Non Plus Ultra», y cuando ya la brújula había guiado por el camino sin camino de las aguas, millares de embarcaciones, «Argos» á cuyos vellocinos se prendían las ideas, y conmovido los aires la pólvora en convulsiones de un alumbramiento múltiple, de un Génesis nuevo.

\*  
\* \*

# No se ha notado, que sepamos, y si se ha notado

ha sido á la ligera, surgiendo en el pensamiento como una intuición rápida, ó como una consecuencia de premisas conocidas, en la que, sin embargo, no se ha insistido lo bastante, no se ha notado, decíamos, el distinto ambiente espiritual, que el diferente concepto sobre el individuo en sus relaciones con la colectividad política, reinante en la antigua edad y en la moderna, ha debido formar en el espíritu de los hombres cultos de aquellos y de estos tiempos, respectivamente. Aquel socialismo cesarista de la antigua ciudad, aquella absorción de las vidas individuales en la vida colectiva, aquella constante preocupación por la existencia y la manera de existir y de ser del Estado, siendo la religión, la literatura, las artes, la oratoria, en la mayor y mejor parte de cada una, de caracter esencial y propiamente político, relacionaba demasiado la inteligencia individual con el alma colectiva, impidiéndole acercarse al alma de las cosas no humanas; y esta aproximación necesita un aislamiento previo. #

«La superioridad de la inteligencia, ha dicho un pensador (Schopenhauer) lleva á la soledad», y es sabido que el hombre de talento gusta, nó de *pasar el tiempo*, sino de emplearlo. Mas, decimos nosotros, si las condiciones del medio y las ideas y sentimientos arraigados en la propia conciencia ocasionan un exceso de vida exterior, la energía psíquica que en esta relación se consume, no puede ser empleada en aquél fecundísimo aisla-

miento. No brotan los gérmenes sino en la oscuridad de los senos recónditos. ¿Qué son, sino «torres de marfil», nó decantadas como las de aquellos que menos las han menester, sino inadvertidas, mientras los resplandores de un descubrimiento genial no las alumbrá, las mansiones espirituales de los modernos sabios?

Debemos, pues, al espíritu individualista de los germanos este elemento de progreso, ya que, merced á ese espíritu, han variado aquellos conceptos de la relación entre la vida individual y la vida ciudadana.

\*  
\* \*

Sentimos no poder ampliar estos apuntes de hipótesis. Su desenvolvimiento adecuado exigiría por lo menos un volumen, y por no molestaros más, tenemos que dar por terminado nuestro trabajo. Nos habíamos propuesto una finalidad más vasta al emprenderlo. Pero el exámen de la cultura antigua, aun tan ligero como habéis visto, nos ha llevado más espacio del que creíamos.

Sin embargo, es forzoso, si hemos de dar unidad á este modestísimo discurso, ir hacia el fin propuesto, aunque en rápida síntesis. Vuestra cultura, sobradísima, sabrá rellenar el resumen con los necesarios antecedentes, el resultado, con el causas que lo motivan.

Uno de estos hechos de índole sintética, y que

aparece, como otros muchos en la historia, cual paradoja viva, es el de que, no obstante el carácter socialista y el carácter individualista, que distinguen respectivamente á la civilización antigua y á la nueva civilización, las consecuencias prácticas de los trabajos de aportación á la cultura realizados hoy, en un ambiente individualista, son eminentemente sociales y unificadores en múltiples aspectos; en el aspecto, sobre todo, de la utilidad general, y en el aspecto de la igualación en la cultura, de la extensión y uniformidad del saber.

Asombro y pena, señores, se siente al considerar la disarmonía de aquellas vidas y la oposición absurda de aquellas ideas: Junto ó Leónidas, Pausanias; al lado de Aristides, Hipias; Anito, Melito, y Licón, haciendo morir á Sócrates; antes y después del magnánimo Julio César, Sila y los segundos triunviros; Trajano, Marco Aurelio, Antonino, en el propio sitio que Nerón, Caracalla, y Helio-gábalo. Y no sólo esto: junto á ideas que eran anticipaciones geniales de una ciencia y de una moral futuras más perfectas, ideas absurdas, creencias propias de pastores bárbaros, afirmaciones dignas de imbéciles ó de locos ¿No tuvo que defenderse Sócrates de la *impietad* que le imputaba Melito, de creer, con Anáxagoras de Clazomene, que la Luna era como una tierra? ¿No es una lástima que tuviera que escribirse el «Eutidemo»?

\*  
\*  
\*

Asistimos hoy á la difusión progresiva de una

ciencia más perfecta, aunque vacilante siempre en lo esencial, como hija de la limitada inteligencia humana; de una ciencia más amplia por el número de materias que abarca; tendiendo á la unidad por el enlace de todas su ramas al tronco común—ciencia en general como poder de nuestro espíritu, guiado por la lógica—y por el fin práctico á que se dirige.

El fin práctico, señores, á que siempre ha tendido la ciencia es el bien. Mas cambia, si nó en su concepto fundamental, en sus aplicaciones temporales, en la extensión de su dominio objetivo, y en la intensidad de los afectos que le acompañan.

Si ya es axiomático que el sentimiento mueve al hombre, por lo que en la esfera moral es de un valor decisivo, son oportunas aquí las palabras de Hartmann: «Cada adquisición de la inteligencia ejerce. á la larga, en la esfera del sentimiento una acción que la enriquece y la depura.» Palabras que, á mi juicio, podemos aplicarlas justamente á la elevación del sentimiento moral que se manifiesta hoy por doquiera, ya en forma de compasión ante la desgracia, ya en forma de apasionada detestación de la injusticia; elevación que tiene su ápice en el desinterés abnegado, que llega, á veces, al heroísmo, con que sabios ilustres ofrecen deliberada y constantemente su vida en aras de la ciencia para beneficio de la humanidad.

Y esta parece ser la característica de la civilización presente, su ideal á realizar en lo futuro: la

extensión de la confraternidad á todos los hombres, partiendo de la depuración progresiva del sentimiento, afianzándose en las conquistas de la ciencia, que nos enseña cómo es cada uno, no sólo un factor, sino también un producto del todo humano, y haciéndose de día en día más eficaz, por la colaboración que el derecho presta y seguirá prestando al nuevo concepto de la vida. Los individuos, sin confundirse, se sienten más y más ligados á la sociedad. Las fronteras nacionales, sin borrarse, forman intersecciones innúmeras con los caminos que llevan los productos del cambio, con los hilos que conducen la palabra, con las ondas invisibles que avisan peligros comunes, con la ruta de los hombres-pájaros, que al cruzarlas desde las nubes no pueden distinguirlas siquiera. Las ligas contra el duelo, y los arbitrajes evitan de continuo luchas individuales y duelos colectivos. La religión, agua de la sed de lo ideal, expresión de lo transcendente de nuestra vida, y por ello, consuelo supremo de todas las aficciones, último alivio de todos los dolores, no tiene ya otra aliada que la paz. El precepto de Jesús «dad al César...» produce á la larga, en combinación con el progreso general, un humanismo mucho más amplio y generoso que el antiguo humanismo clásico.

Y en tal punto parece hallarse la civilización en este momento: continuación y depuración del Renacimiento.

\* \* \*



A vosotros, generación que acude aquí á prepararse, no para la Escuela, para la vida, como predicaba el clásico, á vosotros os toca continuar la obra, con plena conciencia de su finalidad providencial.

Tendréis un árduo trabajo, que yo os resumiré con estas palabras: luchar con las armas de la inteligencia, que aquí venís á ilustrar, contra los sentires atávicos propios de épocas de menor desarrollo; y si queréis fórmula más precisa, aún podemos acudir á una de aquellas anticipaciones del genio y del sentir, llamadas á realizarse en lo futuro, llamadas á realizarse hoy. Decía, 300 años antes de Cristo, Cleanto, humilde aguador durante la noche, y filósofo clarísimo durante el día: «El amor empieza con la madre y con el padre; de la familia pasa al burgo, á la ciudad, al pueblo, y se extiende convertido en el santo amor al mundo. Desde entonces, el hombre, por razón de que es tal, deja de ser extraño para su semejante.»

Y yo os digo:

—¡Amad al mundo, y, para amarlo, amad la ciencia, que es amar á Dios!

HE DICHO.





